

## *Volver*

Una luz naranja de rutina comenzaba a desterrar la madrugada el día en que salió del portal arrastrando tras de sí una maleta y la certeza de que algún amigo recogería el resto de sus cosas.

Con la indiferencia que sólo cabe mostrar a cuanto ha significado todo, tiró a una de las papeleras de la calle de Atocha su copia de las llaves del piso alquilado entre cuyas paredes había visto resquebrajarse los sueños que años atrás la arrastraron a Madrid.

Ajena al tiempo, caminó hacia la estación, compró un billete y se sentó a esperar entre miradas vacías que parecían tener la suerte de saber adónde ir. Cuando la ciudad comenzó a desdibujarse tras la ventanilla del tren, se dijo que cada baldosa, cada neón y cada café que encerraban sus calles siempre serían de todos y de nadie al mismo tiempo.

Regresó donde siempre espera un plato caliente sobre la mesa. Donde había acostumbrado a volver tan sólo a los entierros. Donde deshojar los días mientras los árboles arañan el cielo y el suelo se funde con el barro en un invierno eterno. Donde los lutos embalsaman el alma y el viento sabe al aire que encierran baúles polvorientos. Donde duele el viernes de dolores y el pasado grita en cada esquina para que nadie lo olvide. Donde el atardecer pinta el cielo con viejas historias y los rostros consumidos por la vida callan y susurran en silencio que saben más que tú.

Aprendió que las raíces sostienen allí donde en ocasiones es necesario naufragar, para después, volver.